

Manuel Rico, rehén de todo asombro

Manuel Quiroga Clérigo

El poeta es testigo de los tiempos pretéritos. Dibuja amaneceres con sabor a futuro. En edades oscuras los versos de algodón son el reflejo fiel de días calcinados. Hay libros incesantes con palabras de fuego. Manuel Rico recrea su mundo de metáforas, la lírica de siempre como excusa infinita. (*Cien poemas 1982-2005*) refleja con pasión todo un quehacer de sueños, la pericia perfecta de los siglos abiertos. En su ingente «Monólogo del entreacto», historia de un pasado en líricos resúmenes, el poeta recorre los afectos, las sierras, la encadenada historia de cierta melancolía, la perdida nostalgia, derrotas y victorias, los trenes invisibles (fugitivos más tarde o «poblados de insectos» y «saturados de miradas esquivas», «triste marzo de trenes y extrarradios marchitos»), ciudades con sus nieblas, las personas cercanas. Va tejiendo la vida con su fulgor de rosa. En esta antología de perfiles románticos, el poeta que es huérfano de grupos, generaciones o nóminas precisas, indaga en los espacios de memorias y tardes. De *El verbo liberado, 1982-1983* (1986), crónica de una patria en renacido trance, nos deja la distancia de tanta España torpe, malherida y difícil, con sus protagonistas de buenas intenciones. «Atravesaste las ciudades/lleño de certidumbres», escribe convencido de que hay mundos mejores. Son sus versos de luz para borrar las sombras, recuerdos de otros días cercanos al naufragio: «...las miradas regresan de la muerta/con la voz de otras horas». El autor justifica su oficio de milagros en nota introductoria: «... sólo le interesa

Manuel Rico: *Monólogo del entreacto (Cien poemas 1982-2005)*, Ediciones Hiperión, Madrid, 2007; *Verano*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.

escribir la poesía que le place, la poesía que juzga necesaria para conjurar sus fantasmas personales y, si es posible y acierta con la expresión, para ayudar a otros en similar conjura». De *Papeles inciertos* (1991), se nos deja un resumen de la duda y el tiempo: «Jamás la certidumbres. Nunca la posesión de lo absoluto». Girasoles antiguos de recuerdos y lágrimas bordean los otoños, un «Madrid aterido, hecho frontera», amores, madrugadas, ventanas, «Algo de vino y rosas» (el más bello poema: «Ebriamente, te instalas en las cosas que amaste»). *El muro transparente* (1992) es regresar al mundo de antorchas encendidas, melodías y frases: bulevares oscuros, los presentes ansiados o imágenes lúcidas de paisajes queridos, hombres de la cultura (desde el cine a la pluma). No dejar de leer «Dirty realism»: «Su voz se apoya/en lo que siempre tuvo/la marca de lo anónimo», al fondo Raymond Carver, otras veces es Pound, Cavafis, Blake, Otero, Rosales o Pavese, Brel, Marx, Benjamin, Bergman, Faulkner, Poe... Son versos exquisitos, alejandrinos limpios, once sílabas clásicas, el renglón corto y cálido, inspirada certeza o ritmo insoslayable. Y los temas rebeldes que el poeta resume en cantos vulnerados como el poema largo con sus cinco apartados: «¿Eran muro y audacia/la frontera?», el intenso recuerdo: «Tú y la noche y la pluma», «Amor en automóvil, «El azar esperado». *Quebrada luz* (1996) es la memoria audaz de los conocimientos. Juan Ramón no lejano, Hopper como reclamo: «...la extensa longitud que sobrecoge...»). Claridades sombras o la luz como alarde, alguna intimidad, desoladas estancias, el recuerdo del padre. «La infamia y la belleza eran parte del mundo». *La densidad de los espejos* (1997) trae cosas importantes, personajes que pasan, la repetida historia, década del sesenta o del setenta, las desgracias de España. «...el mundo limitaba/ con las cuatro fronteras de mi calle». Estremece leer «Aquel junio maldito» o el final de «Mañanas de ceniza»: «Cuando se fue al lugar/del viento que no vuelve...». Son pasados, infancias, azogue interminable. «...la historia nace así. Con un recuerdo...». Ya en 2003 llega «Donde nunca hubo ángeles». Imprescindible el poema «Lectura»: «Kafka/iluminó el desastre/antes de suceder/el infortunio calculado». Cómo vibra Machado, por ejemplo, en «Destellos de infancia después de la visita» o el recuerdo de Otero con «silencio de tierra», el afecto tan preciso en *Amor y distancia*

(1982), con esa China al fondo de «crepúsculo cárdeno». En el estudio preliminar escribe Marta Sanz: «...escuchamos desde el principio la voz de un poeta como todos los demás, pero que no se parece a ninguno. Terminamos el recuento con *De viejas estaciones invernales* (2006), allí donde el autor viaja por la mirada, donde vuelven certezas y trozos de la infancia. Son versos meditados, la conciencia del tiempo y sus calamidades. «Nuestro tiempo fue una brasa tardía, no vivido/ sino a rachas». Entre los «Inéditos en libro», con algunos recuerdos para este lector de la obra de Francisco Candel y la ciudad intensa o desolada, nos quedamos con «La casa de los fresnos», allí donde el poeta reconoce algún dulce pasado, casi presente ahora, y un devenir plata, donde la poesía es parte de la vida, del mundo que nos llama. Son versos de deseo y resumen. Son también los «fragmentos de un libro futuro», como escribió Valente.

-II-

Manuel Rico, nacido en Madrid en 1952 obtuvo el Premio Andalucía de Novela 2002 con *Los días de Eisenhower*, ha escrito *La mujer muerta*, *Trenes en la niebla* y el libro de viajes *Por la sierra del agua*. Es autor del ensayo sobre la poesía de Manuel Vázquez Montalbán *Memoria, deseo y compasión* y ha llevado a cabo para Cátedra las ediciones críticas de *Blanco Spirituals* y *Las rubaiyátas de Horacio Martín*, de Félix Grande (1998) y *Una educación sentimental* y *Praga*, de Manuel Vázquez Montalbán (2002). Dirige la colección poética de Bartleby Editores y es Miembro del Equipo Directivo del Instituto Cervantes. *Verano* es su última novela, donde dos generaciones se disputan un relato profundo e intenso, repleto de pretéritos y con ansias de presente. La gente madura rememora sus años de estudio, sus pasiones, la lucha contra la represión franquista, la existencia de los indeseables que alentaban a un régimen oscuro. Los jóvenes viven momentos de exaltación, descubrimiento de la sexualidad y otras historias. Con ingredientes de *El Jarama* de Sánchez Ferlosio, *Tormenta de verano* de Juan García Hortelano y recuerdos de otros autores que el autor tuvo en su mundo juvenil, nos relata

como en una España gobernada aún por cierta hipocresía, pervive Nuria, una profesora divorciada, con su hija adolescente, inconformista e indagadora y, en las cercanías, el narrador de la obra, Enrique que trata de encontrar fórmulas para llegar al mundo mágico de su «novela de la realidad». Desde el inicio, en que los jóvenes encuentran un hombre ahorcado y Nuria comienza a recibir las misteriosas cartas de un enigmático compañero de facultad, el universo estival, la vida distendida en una urbanización rural denominada La Tejera va cobrar tintes diversos. En 404 páginas y a lo largo de diez años, Rica nos ha ido contando una historia de hondo calado que es, o resulta, a la vez el retrato de una época, con sus claroscuros e intrigas, y una hábil reflexión sobre la sociedad actual, la influencia de la literatura y la evocación que sólo parece posible, o real, cuando se vive un *Verano*, con sus claroscuros y sus violencia, sus dosis de sensualidad, de misterios, de deseo y ¿por qué no? de tragedia. Un buen relato para acercarnos a nuestra historia, aún no lejana ©